

## TARDE XVIII

---

### LOS INTRIGANTES

Es Proteo el intrigante  
Que de formas mil varía;  
Adular es su porfía  
Solicito y anhelante;  
Te ensalza si estás delante,  
Detras te desacredita,  
La ambicion sola le excita  
Á gozar altos favores,  
Y entre grandezas y honores  
Con mayor frecuencia habita

El siguiente día se pasó con mucha tristeza; y Palemon para aumentar el temor de sus hijos, mandó que Adela estuviese tres días sin salir de su cuarto en castigo de haber excitado la envidia de Benito en vez de reducirle con dulzura y cariño. Para distraer en cierto modo la melancolía que la ausencia de los dos hermanos causaba, Palemon resolvió que se leyese aquella tarde una historia del libro grande, en que trataba de dos criados embusteros, que á semejanza de Picard y la vieja su cómplice, se habian vestido de señores con intencion de engañar á otros, solo que estos lo que habian logrado era engañarse á sí propios. Antes de principiar la lectura dijo Palemon á Leon: Tú que haces versos, y eres el poeta de la casa, podrás, si quieres, formar de este agradable cuento una comedia, ó cualquiera otra composicion



que mejor te parezca. Los tres muchachos prestan la mayor atención á su padre, el cual comienza así :

Los embusteros de Milan.

Un intrigante, para conseguir el fin que se propone, emplea cautelosamente todos los medios que le sugiere su imaginación, por ilegítimos y extraviados que sean, sin reparar en inquietudes ni fatigas; y tal vez se hallarán hombres para los cuales sea este crimen una pasión favorita, de que no desistirían aun cuando se les presentasen mil caminos rectos para lograr lo que desean. Estas consideraciones me recuerdan un suceso bastante extraordinario que acaeció no há mucho en Milan; mas para que el lector se instruya de todas las particularidades, explicaré ántes el origen y educación de mis héroes.

Lázaro, era hijo de unas gentes muy pobres; pero manifestó anticipadamente la inclinación que le arrastraba á ser intrigante. Desde muy pequeño se escapó de su casa robando á su anciano padre una corta cantidad de dinero, fruto de sus penosas tareas. Era gallardo y de agradable rostro: tenía ingenio y cierta facilidad en hablar, con la cual suplía la falta de educación. Tenía diez y seis años cuando huyó de su casa, y se fué á Roma, donde á la puerta de una fonda muy concurrida se ofrecía á servir á cuantos viajeros entraban ó salían. Su juventud, su aire fino y desembarazado agradó mucho á un jóven frances, que viajaba por solo distraerse. Belmont (que así se llamaba el viajero) examinó á Lázaro, y halló en él las disposiciones y luces que un amo libertino busca en sus criados. Acomodóse, pues, Lázaro con Belmont; viajó con él, y le sirvió con la mayor destreza en todos sus negocios de amores y juego. El amo, embelesado de haber hallado tan buen criado, le recompensó con liberalidad, y aun le interesó en todas las utilidades que resultaban del juego ó de la intriga. Hallándose en Venecia, oyó Belmont hablar de la hija de un rico particular, que debía llevar de dote cuatrocientas mil libras, y se enamoró de ella, ó por mejor decir de su dote. Confió á Lázaro el proyecto que tenía de introducirse en casa de la señorita, y añadió: Tú sabes discurrir é inventar; si logras que yo me case con esta jóven, te daré cincuenta mil libras, y te irás á gastarlas adonde quieras.

Esta promesa despertó la ambición de Lázaro, quien prometió á su amo hacerle esposo de la jóven veneciana. Al momento fin-

gió ejecutorias de nobleza, cartas de familia, y derechos irrevocables á sucesiones cuantiosas; de modo que representó á Belmont como un caballero muy rico que viajaba para intruirse; extendiendo la ficción hasta suponer que el padre de Belmont aprobaba con toda su voluntad el casamiento, para lo cual le enviaba una letra de cambio de una gran cantidad, librada contra el comerciante mas opulento de Venecia, y cobrable al instante que se firmasen las capitulaciones: en fin, todo se dispuso tan bien, que padre é hija cayeron en el lazo que se les tendió. Belmont se casó con la jóven que apetecía, cobró el dote, entregó al pícaro criado la cantidad prometida, y huyó con el dinero restante, abandonando á su mujer, que tarde ó temprano debía descubrir la traición de que había sido víctima por su necia credulidad y la de su padre. Como Belmont y Lázaro temían ser presos si huían juntos, convinieron en separarse para reunirse á cierto tiempo en Paris. Dejemos al malvado Belmont, y sigamos á nuestro Lázaro, que nos ofrecerá escenas muy cómicas.

El bribon, apénas se vió poseedor de cincuenta mil libras, cuando principió á formar mil proyectos. Bien hubiera podido emplear este dinero, y vivir sosegadamente, si es que un malvado puede disfrutar sosiego; pero resolvió arriesgar su tesoro para aumentarlo; en una palabra, no se hallaba sin intrigar. Habiendo yo conseguido, decia, que el pobreton de mi amo, que nada tenía, se haya casado con una mujer poderosa; poseyendo yo cincuenta mil libras, ¿no he de hallar un partido igual? Vamos, Lázaro, ahora es preciso desplegar todos los resortes de tu genio; esta es la ocasión de emplear todo tu discurso. Volemos á la fortuna, que no protege sino á los audaces.

Hechas estas reflexiones, al momento concibió en su imaginación el proyecto mas vasto que cupo en cabeza de intrigante, y para ponerlo en práctica salió aquel mismo día de Venecia. Después de haber caminado de noche, y por sendas extraviadas, llegó á Milan, en donde mudó enteramente de tono, de vestidos y de lenguaje. Ya no es Lázaro, sino el jóven duque de Eperville, señor frances; y tomó una magnífica casa, criados, en fin, todo el tren de un hombre de la mas alta distinción: recibió artistas, literatos, y algunos periodistas que al día siguiente insertaron en sus periódicos el artículo siguiente:

«Ha llegado á esta ciudad un gran señor frances, que parece hallarse sumergido en la mas profunda melancolía. Dícese que abandonado de una mujer que amaba, busca fuera de su patria



una dama de calidad, sensible y dulce, que pueda reparar con los vínculos del himeneo los males que le ha causado el amor.» Á esto se seguían las señas del *señor frances*, con algunas que parecían reflexiones de los periodistas.

Lázaro leyó en los diarios este artículo; le halló á medida de su deseo, y desde entónces se aplicó con todo esmero á sostener el carácter que pertenecía á su papel. En su fisonomía se veía pintada la tristeza: sus ojos de tiempo en tiempo vertían algunas lágrimas, y muellemente reclinado en su sofá, vestido como con desden, aunque elegantemente, esperaba que alguno, ó conmovido ó interesado, viniese á proponerle alguna mujer; pero que fuese muy rica, porque si no, no tenía prisa para casarse.

En semejante estado le encontró la condesa Hortensi, que fué á visitarle. Levantóse Lázaro al ver que se le presentaba una dama elegantemente ataviada, jóven, y de una figura bastante agradable. Señor duque, le dijo haciéndole siete ú ocho reverencias, tal vez graduaréis de atrevido mi proceder, y os pido mil veces perdon de haberos incomodado. He visto en el diario un artículo en que se trata de vos; parece que habéis experimentado los rigores del amor, y yo... ¡ay de mí!... yo tambien puedo contar hazañas de tan travieso niño. Á vuestra vista está la mujer mas desventurada, mis lágrimas os dicen lo bastante: perdonad; pero me es imposible el contenerlas. — Sosegaos, madama, y no queráis con vuestros sentimientos renovar mis heridas, que todavía no están cicatrizadas; y si vos... — ¡Necia de mí! venia á consolaros, y soy quien os aflige; ¿qué vais á pensar de mí? — Que es mucha vuestra sensibilidad, y que nuestros corazones son muy propios para confiarse recíprocamente sus penas. — Las mias, señor duque, son crueles, y sin duda capaces de igualarse con las vuestras. Suponed, desde luego, que mis parientes me sacrificaron en mis mas floridos años entregándome al conde Hortensi, hombre poderosísimo; pero á quien yo no amaba, porque, Laurencio solo era el objeto de todas las ansias de mi corazon; pero... murió... murió el infeliz, y dos dias ántes habia experimentado la misma suerte mi marido en un desafio, promovido por muy leve causa; de modo que en solos cuatro dias perdí mi amante y mi esposo. Si Laurencio hubiera vivido, yo le hubiera hecho dueño de mi mano, y juntamente de toda mi fortuna; entónces habria sido feliz; pero ahora me es preciso derramar eternamente lágrimas de amargura. — Madama, os compadezco; son grandes vuestras desgracias, pero no debéis desesperar de hallar alivio;

en vuestra edad, con tantas gracias, y un corazon tan tierno, las cenizas de Laurencio pueden reanimarse; la suerte puede ofrecer otros sugetos, que aunque tal vez no sea tan amable, no le ceda en prendas apreciables ni en finura amorosa. — ¡Esposo cruel! tirano, que arrebataste mi mano de unos parientes codiciosos, ¿de qué me sirven las cien mil libras de renta que me has dejado? ¿para qué quiero tus castillos, posesiones y vanos títulos? á todo hubiera preferido el logro de mi amor... — Pero señora, tranquilizaos..... volved á tomar asiento.... sosegaos.— ¿Qué es lo que hago? ¡Cielos! perdonad estos impulsos del sentimiento que procuraré moderar, é interesándome en vuestros sucesos, vendré otro dia á consolaros, porque ahora ya veo que no hago sino hablar de mí propia, rayando en descortes. — ¡No os podéis figurar, señora condesa, cuánto me interesáis! Vuestra afliccion me conmueve en extremo: y aun me parece que si os dignáis admitirme en vuestra sociedad, tal vez llegaremos á consolarnos mutuamente; entre tanto espero mereceros que honréis mi mesa. — No, señor, no; he abusado infinitamente, y así me retiro... no os canséis... dejad que me retire, queria enjugar vuestras lágrimas, y no derramar otras á vuestra vista. — Pero, madama...

La condesa no accedió, y bajó acompañada de Lázaro hasta su coche; el cochero recibió orden de dirigirse á casa, y Lázaro la hizo seguir por uno de sus criados, quien no tardó en traerle las señas de la habitacion de la hermosa y afligida señora.

Ahora que ha partido la condesa, dejemos á Lázaro entregarse á las ideas lisonjeras que se presentan á su imaginacion, y participemos al lector quién es esta condesa, aunque tal vez ya lo habrá adivinado.

Cervina, hija de unos pobres, despues de haber servido á varias mujeres de mala vida, entró á ser camarera de una actriz famosa. En esta situacion, que supo aprovechar, no se olvidó de hacerse pagar muy bien de veinte ó treinta amantes, por hacerles el favor de entregar á su ama billetes amorosos. Ya Cervina habia hecho algun dinerillo en esta casa, cuando la actriz se casó y despidió á la criada, despues de haberle hecho un buen regalo. No quiso Cervina volver á servir, y tomando supuestos nombres, corrió mil aventuras. Asociada despues á una tropa de tahures, contribuyó á despojar mil inocentes, hasta que un jóven llamado Laurencio perdió todo cuanto tenia en las cavernas de disolucion que habitaba Cervina. Persuadido de que lo habian robado, fué á dar parte á la justicia, que acudió á la casa, y Cervina y sus cóm-



plices se vieron rodeados de esbirros, sin mas arbitrio para librarse que el de saltar por una ventana : sus compañeros auxiliaron á Cervina, y se escapó toda la cuadrilla. Corrió Cervina de ciudad en ciudad, y al cabo se fijó en Milan, donde hizo la juiciosa resolucion de contraer un buen matrimonio. Para lograrlo, tomó una buena casa, recibió gentes, arrastró coches, se fingió viuda del conde Hortensi; en una palabra, concibió el mismo proyecto que Lázaro. Entre tanto, los fondos de la condesa iban disminuyendo de dia en dia. Todos sus artificios é intrigas no le habian proporcionado amante alguno; y comenzaba á desesperar de su empresa, cuando el artículo del diario que hablaba de Lázaro reanimó todas sus esperanzas. Creyó ser mas feliz con un extranjero; y despues de haberse adornado con todo cuanto la coquetaría de una mujer cree que puede hacer brillar sus gracias, se presentó á nuestro héroe, persuadida de que era cierto lo que de él se decia. Vamos á ver el resultado de la entrevista de dos intrigantes, empeñados en engañarse reciprocamente.

Un hombre bien educado se hubiera persuadido por el solo paso que la señora condesa acababa de dar, de que esta mujer, por lo ménos, era una loca; pero nuestro Lázaro solo vió en la dama modales distinguidos, palabras elocuentes : no dudó de que pertenecia á la mas alta clase, y que, como ella lo habia dicho, tenia mas de cien mil libras de renta. Pasó lo restante del dia y toda la noche saboreándose con las mas dulces quimeras; á la mañana siguiente se vistió con magnificencia, y fué á visitar á la fingida condesa, cuya casa le pareció de las mas bien amuebladas.

Esperábale Cervina, porque habiendo presumido que algun criado seguiria su coche, mandó de propósito que la llevasen muy despacio. Cervina, pues, en el traje mas descuidado, pero mas atractivo, esperaba á su víctima, y se lisonjeaba de que aquella vez no podria ménos de quedar sometido al imperio de sus gracias. Por su parte Lázaro se proponia echar el resto de su artificio, para terminar cuanto ántes un asunto que le proporcionaba tan conocidas ventajas; de esta manera entrambos se esforzaban á engañarse. Esta visita, aun mas original que la primera, dejó á los dos satisfechos; y su excelencia, el señor duque, convidó á su excelencia, madama la condesa, á comer para el dia siguiente. Aceptó Cervina, y asistió á una delicadísima mesa, que nuestro Lázaro habia preparado con la mayor profusion : en los postres se sirvieron licores fuertes; y ambos intrigantes bebieron tanto,

que faltó muy poco para que se descubriesen por quienes eran. En fin, Cervina dijo que se sentia indispuesta, y Lázaro, que apenas podia tenerse, la hizo subir en su coche, la acompañó á su casa, volvió y se acostó. Al dia siguiente los dos se vieron en casa de Cervina, y no se acordaron de nada de cuanto habian hablado en la mesa, sino de la declaracion amorosa que se habian hecho en medio de los vasos y botellas. Lázaro se postró á los piés de la hermosa viuda, la cual le hizo levantar, acabando de embelesarle con sus miradas halagüeñas. Por último, se habló de matrimonio, que era lo que ambos deseaban; pero con mucho disimulo, y como de paso, se preguntaron mutuamente acerca de los grandes bienes, de que cada cual se suponía dueño : castillos, casas, heredades, alhajas, títulos, todo en fin fué especificado y afianzado con escrituras falsas : y se fijó el dia de la boda. Sin embargo, todo estuvo á pique de desbaratarse cuando se trató del lugar en que habian de vivir los tiernos esposos despues de su union. Quería Cervina que este sitio fuese alguno de los estados de Lázaro, y este pretendia que fuese en alguno de los de aquella, y los dos tenian sobrado fundamento para este empeño; pero Lázaro cortó la diferencia diciendo : aunque mi hacienda de Cavata esté casi destruida por el mal gobierno de un pícaro administrador, este me parece el lugar mas á propósito para conducirnos por ahora, hasta que resolvamos otra cosa.

Sabía Lázaro que esta hacienda estaba de venta, y pensaba comprarla apenas Cervina le entregase las doscientas mil libras que le habia prometido entregar en dinero efectivo cuando se verificase el casamiento, y decia entre sí : Todavía permaneceremos algun tiempo en Milan; pretextaré un viaje indispensable, y entre tanto compraré la hacienda. Todo estaba ya arreglado entre los dos pícaros, que creian engañarse uno á otro. Cada cual supuso por su parte algunos cercanos parientes, que buscaron entre bribones de su especie, y llegado el deseado dia, los vistieron magníficamente. Fueron, pues, á casarse á una legua de Milan, en una aldea extraviada, por evitar, segun decian, el tumulto enfadoso de la concurrencia. Llegaron con cinco ó seis de sus confidentes al lugar destinado, y formaron un lazo indisoluble en presencia del Eterno, á quien estaban ultrajando, el cual les preparaba un terrible castigo. Despues de celebrado el matrimonio, se detuvieron á desayunarse en la aldea, ántes de volver á Milan, donde la casada debia entregar el dote á su amable marido.

Pero en esta fatal aldea es donde los dos van á horrorizarse



uno do otro, y a ser entregados á la venganza de las leyes ultrajadas. Dos viajeros, el uno jóven y otro anciano, llegaron casualmente al mismo sitio, é informados de la novedad, por efecto natural de curiosidad desearon ver á la recién casada. Los dos viajeros no se conocian, pero se hablaron y ambos se dirigieron á la casa en que estaban los novios. Acercándose á la sala principal, uno de los viajeros, viendo á Lázaro se arrojó á él, y cogiéndole del cuello de la casaca, exclamó: ¡Estás aquí, infame! ¡por fin se han logrado mis anhelos! ¡miserable! ¿dónde está tu cómplice? ¿donde el dote de mi hija?

En tanto que esto pasaba con Lázaro, el otro viajero se apoderó de Cervina, diciéndole: ¡Malvada! ¿cómo te has escapado de la justicia? ¿dónde está el dinero que me has robado en tu infame casa?

Considérese cuál sería el espanto de los tiernos esposos al reconocer el uno al padre de la veneciana casada con Belmont, y el otro al jóven Laurencio, á quien habia arruinado con una cuadrilla de tramposos; ambos perdieron el color, mas por no quedar descubiertos, toman el partido de fingir. Lázaro dice al que le tiene agarrado: Padre inhumano y bárbaro, ¿puedes tratar de esta manera á un amante desdichado, que amó á tu hija, y á quien ella abandonó despues con la mas inaudita crueldad? yo la ofrecia toda mi fortuna; queria elevarla á mi clase, y ambos lo habéis resistido; ¿podrás pues resentirte de que forme nuevos lazos? Entre tanto Cervina dirige al otro extranjero estas razones: ¡Cómo, Laurencio! ¿qué, vives todavía? ¿te vuelvo á encontrar tan fino y tan tierno como siempre? pero ¡ay, en qué fatal momento has llegado! — Todas las ocasiones son buenas para restituir el dinero. — ¿Qué hablas de dinero? si mi esposo te quedó debiendo alguna cosa, yo nunca lo he sabido. — ¡Qué novela!... — Pero no perderás nada; todo se te pagará, no lo dudes, yo te lo prometo; no descubras nada (esto se lo dijo al oído); me he casado con un hombre riquísimo, y mañana ú otro dia, cuando quieras, te volveré todo cuanto te falta.

Calló Laurencio porque le enmudeció la admiracion; pero Lázaro no pudo conseguir el mismo silencio del padre de la veneciana. Ladron, infame, le dijo el respetable anciano, ¿así pretendes encubrirte? ¿Piensas que me he olvidado del robo que me hiciste asociado con tu cómplice Belmont? ¿Sabes que mi hija ha espirado de dolor? — ¡Ha espirado! ¡cielos! ¡qué golpe! Sin embargo de su infidelidad, la lloraré eternamente. — ¿Pero qué sig-

nifica?... — (*Lázaro al oído del anciano*). No me perdáis; acabode casarme con una condesa de bienes cuantiosos; yo os pagaré todo lo de Belmont, nada perderéis; pero, por Dios, que no me perdáis. — ¡Monstruo! ¿me volverás mi hija y mi honor ultrajado? No; es necesario que pagues tus delitos; no hay remedio; y á vos (*dirigiéndose al dueño de la casa que se habia dado á conocer*) os hago responsable de este malvado, en tanto que acudo á la justicia; al instante vendrá; si le dejáis escapar, sois perdido.

Sale el viejo de la casa despues de haber dado esta órden, y Laurencio, que al instante conoce la maula, toma el mismo partido, y dice al amo de la casa: Yo tambien os hago responsable de esta mujer perversa. Dicho esto, se fué y quedaron nuestros recién casados sin atreverse á mirar, temblando de las consecuencias de este fatal accidente. Durante la escena que acabamos de referir, los convidados huyeron dejando solos á Lázaro y Cervina, á quienes el amo de la casa con algunos aldeanos no perdieron un punto de vista. Al cabo de algun rato llegó la justicia con los dos viajeros, y terminó sin remedio la ficcion de los dos novios, porque se vieron precisados á declarar separadamente su nombre, patria, y demas necesario. Concluida la declaracion, dijo Lázaro á Cervina: Bella condesa, ya no es tiempo de disimular... — Amado duque, le contestó, no me es posible engañaros por mas tiempo. — Os habéis casado conmigo, y no soy sino... — ¡Un bribon! y yo... — ¡Una embustera! (*Los dos á un tiempo.*) Vos me habéis engañado.

Iban á llenarse de dicterios; pero el magistrado atajó la disension, atándolos y haciéndolos conducir á la cárcel de Milan, donde fueron castigados como merecian. Este ejemplar atemorizó á los intrigantes, tramposos y embusteros: por mucho tiempo no se habló en Milan de otra cosa, y la historia de tales malvados fué citada como ejemplo de los golpes casuales, y de la venganza divina, que nunca deja el delito sin castigo.